

Echar al PRI de Los Pinos por miguel ángel granados chapa

1) Del rancho a la capital

Vicente Fox Quesada nació el 2 de julio de 1942 en el hospital de la Sociedad española de beneficencia en la ciudad de México, el Sanatorio Español de Ejército Nacional en Polanco, establecimiento que por entonces cumplía diez años de edad.

Pocos días después, apenas estuvo en condiciones de viajar, y como lo había hecho con su primogénito José Luis, nacido un año atrás, doña Mercedes Quesada Echaide regresó al rancho de San Cristobal, cercano a la ciudad de León de los Aldamas, en el municipio de San Francisco del Rincón, Gto., donde vivía con su esposo José Luis Fox Pont.

San Cristobal es un rancho antiguo. Data de 1591 la primera referencia documental conocida sobre su ubicación y características: un “sitio grande” conocido como Los Sapos se localizaba, cerca de León, a “tres leguas de la dicha villa saliendo de un mezquital y entrando en unas lomas rasas que dicen de San Cristobal, en un sartenejal y una laguna pozo más cerca del río que va de los ejidos de dicha villa, que es el nacimiento que dicen del río Turbio”.

David Brading, que recogió ese dato en su investigación sobre *Haciendas y ranchos en el Bajío* percibió en su indagación histórica que “la característica más distintiva de la tenencia de la tierra en León...fue la existencia continuada del rancho de pequeño propietario”.

San Cristobal es prototipo de ese género de propiedad rural. Trabajado a dos manos, la de su propietario en turno y la de sus arrendatarios y medieros, se le acondicionó desde fecha temprana para que sus tierras rindieran: “En 1782 San Cristobal se rentó bajo

la condición expresa de que el arrendatario edificara una presa de cuatro varas de alto y 1,200 varas de largo, con un costo aproximado de 2,000 pesos”. El rancho valía entonces 32 mil pesos, pero no se sabe en cuánto lo compró pocos años más tarde, “en la década de 1790”, el legendario conde de la Valenciana, Antonio de Obregón y Alcocer, uno de los hombres más ricos del mundo de entonces, que extrajo de la entraña de la tierra guanajuatense riquezas incontables. Sí se sabe en cambio que cuando su hijo Antonio formuló el inventario de su vastísima herencia, hacia 1840, halló que San Cristobal valía 133,785 pesos. Y se sabe también que a su muerte, al mediar el siglo XIX, el rancho pasó a manos de su primo, el doctor José Francisco Contreras, dueño que fue también de la vecina hacienda de Santa Rosa.

“A principios de la década de 1920 --apunta Brading--el enfoque principal en León se dirigía a la creación de pequeñas propiedades”. Años antes, sin embargo, la familia Fox había formado parte de esa tendencia, al adquirir la porción principal de lo que había sido San Cristobal. Sobre su ascendencia paterna, dice Fox que su abuelo “descendiente de irlandeses, se instaló en México por el año de 1913”. En una suerte de biografía autorizada, Bruce Fielding Tipton e Hilda Rico Llanos dan noticia diferente sobre los antecedentes familiares de Fox. Se trata de “alemanes que habían emigrado a para los Estados Unidos; el bisabuelo de Vicente emigró de Alemania a Estados Unidos y cambió su apellido a Fox que era la traducción del suyo en alemán. Llegó a Cincinatti, Ohio, junto con una hermana. Allá se casó y tuvo hijos, uno de los cuales resultó ser el abuelo de...Vicente, el cual trabajaba con la fábrica de tractores Ford, y debido a una pulmonía tuvo que buscar un lugar coin un clima más benigno, y como conocía las Antillas fue para

allá pero no le gustó, y se vino a México donde se estableció en Irapuato”. Poco después, “en la estación de tren que estaba en Lagos de Moreno, Jalisco, conoció a la que se convirtió en la abuela, la señora Librada Zamora, quien era originaria de la sierra de Comanjá, municipio de Guanajuato. Se casaron y tuvieron cuatro hijos, uno de los cuales es el papá de Vicente y de sus hermanos, don José Luis Fox, quien nació en Irapuato...y tuvo tres hermanas, siendo él el menor de los cuatro: ellos fueron martha, Bertha, Ana y José Luis. El nació el 11 de agosto de 1912”.

(Estimo que se trata de una obra autorizada la que contiene estos datos porque se compuso a base de entrevistas con miembros de la familia Fox, y el propio Vicente, que figura en la portada con el hijo de los autores en brazos. Adicionalmente, en la página de Internet del entonces candidato presidencial se incluía *El amanecer*, que es el título de este libro de que hablamos, como parte de la bibliografía foxista, en que aparece la propia autobiografía de Fox. Llama la atención, sin embargo, que el apellido de la abuela de Vicente no sea Pont sino Zamora. Por otra parte, en la nota necrológica aparecida en AM al fallecimiento del señor Fox, se anota como fecha de nacimiento el 11 de mayo de 1912.

Por lo demás, en cuanto a la ascendencia de Fox hay versiones para todos los gustos. Como la siguiente en que se identifica como fundador de la familia a Joseph Fox:

“Descendiente de ingleses y alemanes, el abuelo Joseph llegó a Irapuato en la primera década del siglo XX, enviado por una firma estadounidense fabricante de carrocerías para carretas con el encargo de cobrar un adeudo pendiente de una ensambladora local. Tanto le gustó la comarca que el visitante terminó por comprar no sólo el fundo --que dedicó al cultivo de papa y granos-- sino la fábrica de carruajes cuyos adeudos lo habían hecho venir a México. Viejos

lugareños dicen que si los Fox lograron conservar después de la revolución parte de la hacienda --originalmente de cinco mil hectáreas-- fue gracias a que el patriarca Joseph ganó en una partida de dominó contra el general Lázaro Cárdenas (por entonces candidato a la presidencia de la República en gira intensiva por el país) el certificado de inafectabilidad” . La versión, quizá proveniente de Cristobal Fox, apareció en un reportaje sobre el hermano menor del candidato presidencial en ese momento, en Contenido, marzo de 2000).

Ni la región ni el momento en que los Fox se instalaron eran propicios para el trabajo productivo, pues allí estallaba la Revolución: cruce de caminos, zona de paso y enfrentamientos, las tropas constitucionalistas que luchaban contra la restauración huertista tomaron la capital de Guanajuato en 1914; y al año siguiente las batallas de Celaya y León marcaron la senda de la derrota villista a manos de otro Obregón, este sonoreense.

Dedicado a la producción de hortalizas, en el rancho San Cristobal se estableció el hogar fundado por don José Luis, el primogénito del abuelo Joseph (que pasó a ser don José, eliminado ya el Luis de su nombre) al casarse el 11 de agosto de 1940 con Mercedes Quesada Echaide, cuyo padre, Vicente Quesada González, había venido a México desde su pueblo en Asturias, Peruyes, a fines del siglo XIX.

Radicado en Puebla, y casado con española como él, luego de que Luisa, su primera hija naciera en México, Quesada González decidió que el resto de la familia lo hiciera en España, a causa de las turbulencias revolucionarias en su patria adoptiva. Así, en 1919 Mercedes nació en San Sebastián, en el País Vasco, pero a los cinco años volvió a la capital mexicana, donde vivió hasta casarse en 1932 con el dueño de San Cristobal.

Su primer hijo se llamó José Luis, como su padre, pero no sólo perdió también el segundo nombre sino que, a la usanza española se le llama Jose, sin acento en la e. El segundo tomó el nombre del abuelo materno, Vicente. Y luego siguieron Cristobal, Javier, Mercedes, Martha, Susana, Cecilia y Juan Pablo.

Antes de que la prole estuviera reunida, se intensificaron las tensiones en la comarca. En los años veinte la cristiada fue una realidad en León y en los Altos de Jalisco, tan próximos a Guanajuato. Luego empezó la inquietud agraria. La religión y la tierra tocaban de cerca a los Fox. A partir de 1927 empezaron las solicitudes y las dotaciones de ejidos. En el entorno de San Cristobal, dice Brading, la tierra fue repartida a los agraristas: la quinta parte del total de Duarte. en las inmediaciones de San Cristobal, fue convertida en ejido en 1929, y algo semejante ocurrió en San Juan de Abajo. San Pedro del Monte no siguió esa suerte porque su extensión fue dividida voluntariamente, acaso en un anticipo de simulación. Todavía en 1959 se expropiaron, dice Brading, 761 acres (cada acre mide poco más de cuarenta hectáreas), para un ejido de 74 casas.

Cuando Vicente Fox andaba en su primera campaña en pos de la gubernatura, su antagonista Porfirio Muñoz Ledo exhumió los inconclusos procedimientos agrarios relacionados con San Cristobal: dijo el candidato entonces perredista, según la versión del reportero Ricardo Alemán, que Fox “en contubernio con la autoridad estatal, obstaculiza una resolución presidencial de dotación de tierras a los campesinos de San Cristobal”, que databa de la época del presidente Lázaro Cárdenas. Valido de ese retardo, arguyeron los líderes ejidales auspiciados por Muñoz Ledo, Fox ocupa sin derecho 360 hectáreas ejidales. Ya un intento previo de cumplir esa resolución había hecho que Fox conociera a Luis

Echeverría, de quien obtuvo una audiencia en Los Pinos, en los primeros setentas, en que sólo se expuso el problema, sin que hubiera solución. O la hubo sólo en cuanto a poner fin a la invasión de que el rancho había sido objeto. La madre de Vicente dijo a Fielding y Rico que “estuvimos invadidos como tres años”. En ese lapso, según el relato de la propia señora Fox, “como eran atrabancados, al fin y al cabo jóvenes, José y Chente intentaron a veces regar los sembradíos de espárrago, para evitar su pérdida. No siempre lo consiguieron pero “en las noches se daban sus escapadas para el campo, para ver qué estaba pasando”

Rancho dedicado al cultivo de legumbres (brócoli, coliflor, lechuga de Bruselas), cuando Fox adquirió relevancia nacional la extensión de que disponía personalmente medía doscientas cuarenta y tres hectáreas. Y parte de la zona cultivable de San Cristobal había dejado ser propiedad de la familia Fox para constituir su aportación a una sociedad de producción rural, El cerrito, que es proveedora de Congelados Don José, la empresa agroindustrial en que derivó la actividad agrícola y ganadera del primer Fox asentado en México.

Pero volvamos atrás, a mediados del siglo XX. Vicente y Jose formaron, por la proximidad de sus edades, una pareja inseparable. Cuando uno tenía siete y el otro seis años de edad, comenzaron a viajar a León todos los días, a través de la polvorienta o lodosa brecha que unía a esa ciudad con San Francisco del Rincón, para asistir a la escuela primaria, la del Instituto Mayllén manejada por los hermanos de las escuelas cristianas, los lasallistas, estaba todavía vivo en esa ciudad el recuerdo de los mártires del 2 de enero de 1946. El penetrante olor de la sangre derramada entonces era parte de las vivencias cotidianas, de los relatos entre atemorizados y reverenciales en las trastiendas. Quizá por eso,

respondió ante mi pregunta específica un leonés de cepa, todos en la región tenemos algo de insurgentes, de cristeros, de sinarquistas.

León llegó a ser conocida como Sinarcópolis. Allí nació, el 23 de mayo de 1937, la Unión Nacional Sinarquista, mesnadas de católicos pobres que, oscilantes, buscaban el Reino de Dios en el cielo o en la tierra. Dividida a poco andar, una de sus ramas escogió en León la vía electoral y de movilización ciudadana. Así nació la Unión Cívica Leonesa, que osó disputar la alcaldía de la metrópolis zapatera al casi pericilitado Partido de la Revolución Mexicana. El PRM vivía sus últimas semanas (en enero de 1946 haría mutis para dejar que en el escenario apareciera el Partido Revolucionario Institucional), pero era dominante y excluyente. Con pasmosa arbitrariedad sus personeros adulteraron la elección del 16 diciembre de 1945, y donde era manifiesto el repudio al candidato oficialista Ignacio Quiroz, éste apareció elegido con voto casi unánime. A la protesta que en ese entonces sustituyó a la alegría decembrina y de comienzo del año, el gobierno ofreció la represión como respuesta. La intención real o imaginada de tomar por la fuerza un palacio municipal que se negaba a los ciudadanos, fue aplacada por la fuerza. Una multitud había tratado de impedir la asunción al mando del doctor Ignacio Quiroz el primer día de 1946, y al no lograrlo se arremolinó, mayor que la víspera, ardientes sus ánimos, en la plaza principal.

Atemorizados o prepotentes, los jefes militares ordenaron a su tropa, previamente acuartelada en el lugar, abrir fuego sobre la gente inerme. Un vecino, Herminio Hernández, que vivía en Madero 51, casi en el centro de los acontecimientos narraría por escrito lo que vio y que Carlos Moncada traduciría años después en los siguientes términos:

“Ordenadamente y a paso veloz, llevando los fusiles embrazados,

un grupo de soldados sale del edificio municipal y en línea de tiradores, tendidos frente a la parroquia --a un costado del palacio-- comienzan a hacer fuego a discreción. Ametralladoras instaladas en la azotea del inmueble los secundan. Las balas barren lo que llamarían en lo sucesivo Plaza de los mártires. Indiscriminadamente caen niños y adultos. Unos mueren en el acto; otros se quejan lastimeramente sin que nadie los auxilie. La masa humana tiene sólo un pensamiento: ponerse a salvo de las balas. Atropelladamente huye todo el mundo por las calles de Hidalgo, Cinco de mayo, Madero, Juárez y Cinco de febrero, pero muchos no llegan lejos. Los soldados los persiguen y les disparan por la espalda. Aquella noche infernal no se olvidará nunca en León”.

Pablo Serrano, a su vez, sintetiza y completa:

“El fuego duró más de 15 minutos. Más de 600 personas fueron heridas, y más de 30 murieron según estimación de fuentes oficiales, aunque es difícil cuantificar el verdadero número de muertos y heridos, que se estima fueron más del doble”.

Nadie fue castigado penalmente por la matanza. Los jefes militares que dieron la orden de disparar quedaron absueltos poco tiempo después. El gobierno estatal pagó la costosa factura: el Senado de la República declaró que los poderes habían desaparecido y nombró nuevas autoridades.

Cuando los niños Fox se familiarizaron con la ciudad al mismo tiempo lejana y próxima, aún gobernaba a los leoneses Carlos Obregón, no como el alcalde elegido que había querido ser, ya que su victoria había sido manchada con sangre, sino como presidente de una junta de administración civil organizada desde el centro tras la matanza. No tardaron los niños Fox en convertirse en alumnos de los jesuitas, pues ingresaron juntos al Instituto Lux en 1954. Cinco

años más tarde concluían allí su bachillerato, José Luis en el grupo de ingenieros, Vicente en el de administración de negocios.

El anuario de 1959 muestra a Vicente jinete en una motocicleta, con media docena de sus compañeros, a los que alude el pie de la fotografía: “En esfuerzo supremo los deportistas se superan”. Pero más que en la educación física los jesuitas se esmeraban en la formación espiritual. Como síntesis de ella, el anuario que llevarían consigo al terminar la preparatoria prescribía:

“Sin el espíritu sobrenatural de la fe, tu vida será triste e infecunda. No andes a ciegas por los caminos de la vida: Dios tiene una misión reservada para tí. Conserva tu corazón inmaculado y joven para los amores benditos, que endulzan y santifican la vida. Es muy noble el amor a la Patria. Convéncete de que con tu esfuerzo contribuyes a su prosperidad y grandeza”.

El propio Fox valoraría después el papel de los jesuitas en su formación. Ellos, dice en su autobiografía, “estuvieron siempre presentes en nuestra vida ya que el primer cura que conoció a mi madre en México, y que más tarde se convertiría en su confesor y consejero, era precisamente jesuita”. Uno de sus profesores, Jorge Vértiz, marcaría con su estilo abierto la vida del Lux. Retirado temporalmente del Instituto, volvió a él en 1959, cuando los Fox concluían sus estudios. Llegó esa segunda vez con la triste consigna de cerrar el Instituto. Pero en vez de acatar la decisión de sus superiores, los persuadió de continuar al frente de la institución, vigente hoy mismo y prolongada después en la sede leonesa de la Universidad Iberoamericana.

“La de nosotros --escribe Fox-- fue una educación netamente religiosa, pero nunca fuimos mochos. La religión en México, como en muchos otros países del mundo, desempeña un papel fundamental en la vida de la sociedad..Estoy firmemente

convencido de que su papel no debe limitarse únicamente a cultivar el espíritu, sino que debe promover la participación activa de la sociedad en actividades comunitarias y colectivas, siempre respetando el marco legal”.

A Fielding y Ríos Fox agregó que “siempre, desde que tengo uso de razón, he sentido mi cercanía con Dios”. Los autores aseguran que Vicente “se interesaba mucho por las vidas de los santos y el ejemplo que él tomó de ellos lo ha llevado consigo durante toda su vida y hasta el día de hoy; y como me mencionó su mamá, Vicente es una persona sumamente piadosa (y hasta) comenzó a pensar que la mejor forma de servir era abrazar el sacerdocio”.

No hay señal específica de esa vocación, ni de ninguna otra. Era un niño disperso, mal sujeto a la disciplina. Aunque dijo que una de “las enseñanzas con mensaje” vino con “el primer cuartazo que me dio mi padre”, que levantaba a sus hijos “temprano a trabajar “y los “tenía jalando todo el día, estudiando o trabajando”, lo cierto es que no era asiduo en sus deberes escolares. Su madre se felicita de que haya “salido listísimo para el colegio, pues nunca jamás abrió un libro. Yo no entiendo cómo es que sacaba las notas que sacaba”. El propio Fox se recuerda a sí mismo como “un niño muy silencioso”.

Siempre juntos, José y Vicente permanecieron unos meses en un colegio norteamericano, antes de ingresar en la Universidad. El viaje parecía tener el doble propósito de hacerlos aprender inglés y de sujetarlos, especialmente al menor, a una disciplina a la que se mostraba renuente. Aunque callado, era también muy inquieto, al grado que cansaba a sus compañeros y a su padre y a los amigos de su padre, como José Serrano, apodado El tío Fatigas, que recordaba, ya adulto Vicente, su carácter incansable. Al modo de James Dean, su contemporáneo, viajaba en motocicleta por la carretera. Cuando llegaba a León, junto con sus amigos,

estacionaba la máquina a la entrada de Woolworth, cuya cafetería era el rendez vous de los muchachos leoneses pudientes. Eso era entre los 16 y los 18 años una edad en que, según el propio Fox, “se alcanza el punto mayor de idealismo, cuando sientes tener la capacidad de hacer y deshacer, allí es donde se construye uno, o se autoconstruye así fue mi caso, yo hice definiciones de grandes periodos de mi vida...”

La vida familiar de los Fox no se limitaba al entorno de San Cristobal. Si bien fue más frecuente que recibieran allí a sus primos de la ciudad de México, solía haber intercambios que les permitían vacacionar en la ciudad de México. Y vacacionaban también dos grandes ranchos cercanos, situados a las afueras de Lagos, Crespo y De Avalos. Eran propiedad del señor Guillermo San Román, casado con Elena Jones, hija del primer matrimonio de la señora madre de Vicente Fox.

Chabe Camarena, una cronista de sociales en León, en su columna Acento con estilo del diario AM, lo recuerda como un jovencito “muuuuy guapo, con un pequeño pero: igual de guapo era de serio, introvertido, simplemente tímido. Eso jamás evitó que cuando venían (a León) los Fox, un grupito de muchachas, previamente avisadas por Lucha Lozano, que era novia de José, fueran al jardín para verlos.

“En esa época, don José Fox y doña Mercedes Quesada de Fox pertenecían al grupo social de don Pepe y doña Angelina Madrigal. Es de todos conocido que las fiestas más sonadas de la ciudad eran las que se realizaban en la terraza de la casa de ellos. A algunas de éstas venían los hermanos Fox. Lo malo era que cuando venía Vicente, llegaba, saludaba y en ocasiones platicaba. O sea que de baile naaada, no le gustaba bailar. Y en cuanto a las novias, pues ceros, no tenía novia, para tristeza de muchas de las leonesas que

con gusto le habrían dicho que sí.

“Cuando don José y doña Mercedes venían a León, los 9 niños se quedaban con quienes consideraron siempre sus segundos padres, don Jesús y Berta Serrano. Y al tío Fatigas, muchas jovencitas les pedían que les hiciera la pala con Vicente. Pero cuando uno es introvertido, no hay modo.

“Igual pasó cuando llegó a México; vivía con su tía Martha Fox de Latapí, que con casi un año de anticipación organizaba una posada que era de fama. Allí Vicente pertenecía al grupo de los Espinosa Yglesias, los Trouyet y los Artigas, entre otros. Y aunque todavía las hoy señoras nos platican lo mucho que les gustaba, él seguía sin bailar...”.

No es correcto el dato sobre la residencia de Fox en la ciudad de México. Cuando José Luis y Vicente se inscribieron en la Universidad Iberoamericana, los acogió su tía Luisi, la única de las Quesada Echaide que permaneció soltera. Su domicilio se ubicaba en la calle de Puebla, casi esquina con Orizaba, en la acera opuesta al Centro Asturiano, y a unos metros del templo de La Sagrada Familia, a cargo de jesuitas. Puesto que José Luis no perseveró en sus estudios de ingeniería, su lugar en esa casa fue ocupado por un primo de los Fox, Ignacio Amuchástegui, que ya adulto haría carrera en el ramo de seguros, mismo que en su temprano retiro ejerce todavía en la ciudad de León, donde también figura como socio en las empresas de sus primos.

Fox se inscribió en 1960 en la Universidad Iberoamericana. De la colonia Roma Vicente viajaba todos los días a Coyoacán. La UIA se alzaba desde tres años atrás en Zaragoza 84, esquina con Miguel Angel de Quevedo. Creada como una federación de colegios fundados algunos desde los años cuarenta, la Ibero había conseguido en arrendamiento el local de un colegio en Insurgentes,

pero su propia expansión la condujo a hallar su edificio propio, del que pasaría en 1963 a establecimiento de mayores dimensiones, en la colonia Campestre Churubusco, en que todavía recibiría clases Fox.

A su ingreso era rector el padre Carlos Hernández Prieto, pero poco después fue elegido el padre Manuel Ignacio Pérez Alonso. Aunque el predio en Cerro de las Torres fue adquirido en 1956, a ambos les correspondió regir en la finca de Zaragoza, “también dedicada a casa de descanso de la Compañía, adscrita a la Iglesia votiva” (Ledesma, p. 402)

Dado que el Tecnológico de México y el de Monterrey se financiaban con el patrocinio de empresas y empresarios adictos a su modelo, los jesuitas eligieron transitar por el mismo camino. De ese modo se integró el 22 de febrero de 1956 la asociación civil Fomento de Investigación y Cultura Superior, cuyo consejo directivo fue, a partir de 1961, también la junta de gobierno de la Universidad. Mientras Fox cursó sus estudios allí, ese consejo-junta estuvo formado por Antonio Ruiz Galindo como presidente; y el notario Noé Graham Gurría como secretario. Ruiz Galindo presidía a la sazón la fábrica de muebles de oficina DM Nacional. Hijo del secretario de economía del presidente alemán, había estudiado administración de negocios en la Universidad Northwestern de Chicago. Lo acompañaban como vocales en el patronato la plana mayor de los empresarios mexicanos: Raúl Bailleres (que era también el principal patrocinador del Itam), Adolfo Riveroll, José Lorenzo Cosío, Manuel Senderos, Agustín Legorreta, Enrique Trigueros y Carlos Trouyet.

La de Fox fue la cuarta generación de la carrera de administración de empresas, adscrita a la escuela de ciencias económicas y administrativas. Fue establecida con el fin de “poder proporcionar a

las empresas de nuestro país profesionistas competentes, capaces de cumplir una doble misión: 1) mejorar el rendimiento de las empresas mediante la implantación de las técnicas modernas de organización y administración de todas las ramas de la empresa; y de este modo aportar un elemento de solución microeconómica al problema de la elevación del ingreso per cápita; 2) influir favorablemente en la evolución de las relaciones obreropatronales en el seno de la empresa y aun de la misma evolución de las empresas conforme a los principios de justicia social”.

De acuerdo con el director de la carrera, el padre Xavier Scheifler, ese segundo propósito se había logrado en mucho menor medida que el primero, en la generación de Fox. Así lo dijo a sus integrantes en 1974, al cumplirse diez años de su egreso de las aulas universitarias. Al verlos ufanos de su progreso material --Fox se aproximaba ya a su máximo cargo en CocaCola, y la reunión tenía lugar en el exclusivo University Club-- Scheifler se dijo arrepentido de haberlos formado sólo en esa perspectiva. Salió de la fiesta, según recuerda el propio Fox, y explicó que se retiraba “porque fui un fracaso en la enseñanza (pues) siempre pretendía que salieran al mundo a servir a los demás”.

Formalmente era otro el objetivo de la Universidad. En esa carrera, decía un documento oficial, los egresados podrían “llegar a ocupar, con la ayuda imprescindible de la experiencia, los más altos niveles administrativos y directivos en empresas, con la preparación que exige la complejidad de la moderna vida industrial”. Para ese efecto, el plan de estudios, de cinco años, incluía en los últimos dos, “en forma gradual, la práctica en una negociación”.

Esta misma vinculación con el sector productivo se percibía en la integración de su consejo consultivo, al que pertenecían entidades y empresas poseedoras de gran dinamismo, como los bancos Nacional

de México, de Comercio, de Londres y México, Mercantil de Monterrey; empresas industriales como Industria Eléctrica de México, fábricas Automex, DM Nacional, Bacardí, Galas de México; y comerciales y de servicios, como El Palacio de Hierro, Pilotes de control, seguros Anáhuac, Aeronaves de México, Nacional Distribuidora; y también la Coparmex y el Centro Industrial de Productividad. Junto con Scheifler, vasco, egresado de la Universidad de Lovaina, dirigía la carrera el maestro Agustín Reyes Ponce, y era coordinador Víctor Gavito Marco (un muchacho entonces, que andando el tiempo sería un director profesional, a cargo de grandes empresas como Alpura). Formaban la planta docente, entre otros, Amado Aguirre, Francisco Borja, Luis Leñero, Pablo Marentes, Diego Zavala. En la lista figura también Néstor de Buen, pero a pregunta expresa no recordó su pertenencia a ese cuerpo de profesores, aunque sí al de relaciones industriales. En total, en la Universidad había en 1960 329 profesores.

Fueron compañeros de Fox Amparo Espinosa Rugarcía, hija de Manuel Espinosa Yglesias, presidente y director general de Bancomer; Roberto Hernández, que tras especializarse en negocios bursátiles sería el presidente de Banamex; y, entre otros, Justino Compeán, casado después con Hilda O Farrill y por esa vía vinculado a Televisa y al fútbol (en el 2000, como Fox y Hernández, también era presidente, él del club Necaxa). Contemporáneos suyos, sin ser compañeros de banca, fueron también Demetrio Sodi de la Tijera, luego diputado y senador prredista, miembro del mismo equipo de fútbol estudiantil que Fox; y Roberto Sánchez de la Vara, que encabezó la Cámara Nacional de la Industria de Transformación. Este ha recordado puntualmente a Scheifler, que lo marcó tanto como a Fox:

Como la de muchos jesuitas, el de Scheiffler Amézaga fue una

vocación tardía. Bilbaíno, nacido en 1915, combatió por la república en la guerra civil en 1937 salió a Francia y dos años después llegó a México, donde trabajó como director de finanzas de una fábrica de jabones. En 1943 ingresó en la Compañía de Jesús, estudió en Los Ángeles y en Lovaina y, ya doctor, se dedicó a la enseñanza en la naciente Iberoamericana. Además de la de administración de empresas, dirigió la carrera de economía, de 1969 a 1972. En ese periodo de crisis educativa jesuita --entonces se clausuró el Instituto Patria--, Scheifler fue nombrado rector del Instituto tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, la universidad jesuita tapatía, fundada para equilibrar la enseñanza entre los fundamentalismos de las universidades de Guadalajara, la autónoma y la del Estado. Allí puso en práctica su proyecto de universidad integral con aspecto humanista. Murió el 8 de febrero de 1996.

Al comenzar los sesenta, en la Ibero había en total 1522 estudiantes, distribuidos en 18 carreras. Fox recuerda que en la suya había 250, lo que de ser cierto la muestra como una de las más solicitadas. Los alumnos pagaban cuotas diferenciales, según la carrera. La de administración pertenecía al tipo C, el más caro: \$3,285 pesos por año, más 200 por la matrícula, más 100 por la incorporación a la Universidad Nacional (pues entonces la Ibero no había cobrado su completa autonomía). La colegiatura tipo B ascendía a 3,015 pesos; y la de tipo A era de 2,655 pesos. Puesto que la Universidad Nacional cobraba 200 pesos por año, la cuota menor en la Ibero era mayor doce veces que en la UNAM.

A fines de 1994, Fox se preparó para ingresar en el mundo del trabajo. A diferencia de algunos de sus compañeros, que cursaron sus estudios al mismo tiempo que estaban ya empleados profesionalmente, Fox se reservó hasta el último momento. Envío

su curriculum a cerca de cuarenta empresas, entre las que figuraban Dupont, Ford, Chrysler y CocaCola. Esta fue la primera en contestar y en noviembre del año final de su carrera, mientras prepara los exámenes del último año, Fox comenzó su carrera de quince años en esa firma.

La naturaleza de su trabajo en ese lapso, y las complicaciones empresariales y políticas de su vida después, le impidieron la presentación de la tesis y el examen profesional, no obstante lo cual por inercia era llamado licenciado. Así figura en datos probablemente proporcionados por sí mismo, en actas notariales relacionadas con los negocios familiares. Finalmente, y ya en plena carrera electoral, en 1999 se tituló, no presentando tesis sino con la modalidad de reporte de trabajo en el campo profesional. Era ya gobernador, y presentó un documento sobre la Generación del plan básico de gobierno 1995-2000 del estado de Guanajuato. Es un informe breve, si bien de formato alto, tamaño carta, impreso a una cara en cada una de sus 82 páginas. Incluye seis anexos, con 120 páginas adicionales. Como en otros documentos gubernamentales en Guanajuato, en ese reporte se llama al ciudadano cliente, “el cliente principal del gobierno”.

Así los sostuvo, y sobre esa concepción giró su replica, en el examen profesional que sostuvo el 24 de marzo de 1999. Fueron sus sinodales Abraham Nosnik Ostroviak, Sebastián Serra y Jorge Padilla González, asesor del trabajo recepcional. Aprobado por unanimidad, Fox no recibió honores adicionales, entre otros factores porque su promedio le impedía recibir mención honorífica. Su promedio de calificaciones fue de aproximadamente ocho, según informaciones extraoficiales. En un reportaje laudatorio aparecido en noviembre de 1998 se cita a “sus maestros de la Universidad”, los cuales “recuerdan que Fox no figuró entre los alumnos más

brillantes pero sí entre los mejores y más responsables organizadores del trabajo en equipo” (Contenido, No. 425) No fue posible consultar directamente su expediente escolar, dejado fuera del acceso informático a registros de ese tipo. Hacía falta una autorización explícita de Fox, que no se sintió obligado a otorgar, ante el pedido expreso del autor de estas líneas.